

FLACURAS DE MARIANA GERLO.

EL ORIENTAL

Era silencioso como la voz
que canta, sola, en los caminos.
Para qué iba a hablar su cuerpo
grande y soleado, siempre solo,
siempre huracán y perdido
Para qué iba a hablar don Ramón
Fernández, si su caballo era flaco
y de sobra gritaba su escopeta
entre los pajonales húmedos de frío.
Quién sino él pudo decir un día:
"Tírenme cuando me muera
en las aguas de este río,
no quiero que lloren los hombres
si me pueden cantar los pájaros
que fueron siempre mis amigos más queridos"

CONSEJOS

Haz como si no hablara, como si no oyeres.
La noche es un paquidermo
que nos muele cualquier tipo de paciencia,
pega sin despegar tanto sudor infame entre nosotros.
Haz como si no la vieras;
adusto el omóplato, tu frescor en ciernes,
calavera.

Sé que te besaba mucho y la cigarra cantaba sobre
[el plátano.

Ahora todo resulta ambiguo.
No te arrepientas. Haz como si no
la oyeres, de algo debe vivir, aunque calumnie.

Ya vendrán tiempos mejores,
esperemos.

Se murió hace tanto
aquella flacura que usó
doña Mariana Gerlo?

Las lluvias suelen sobrellevar
astucias del Otoño,
pero su paso lento, largo
como un olvido, está clavado
en mi memoria feroz de contramarchas.

Se murió de pena, de lluviosos
julios llevándole los huesos
cada vez más cerca de la muerte?

Y las naranjas que me daba
en las siestas traviesas
con su larga mano blanca?
Adónde fueron sus palomas
que maté con puntería
culpable pero cierta?

Yo no sé. Pero su mano blanca
se estira a través de la niebla
y la distancia y me alcanza
tristemente una naranja.

JORGE ISAIAS

NUEVA CRONICA GRINGA



Ediciones
LA CACHIMBA

Casilla de Correo 742

2000 Rosario (S. Fe)

Rep. Argentina

CONICET



HOJA DE POESIA N° 11

enero 1976

I E C H

Ediciones LA CACHIMBA

DEUDAS

Los míos nunca entraron a tallar en las historias.
Destriparon terrones en absolutos junios con heladas,
y dieron hijos con penurias fijas a la dureza de esta
[tierra.

Hubo arados con gaviotas. Hubo lentas trilladoras
junto a las trenzas rubias de mis tías
y el torso desnudo de tanto cosechero.

El sol del verano hacía fintas mientras tanto en sus
[cabezas.

Debo el poema. Debo la sangre que no derramé ni el
[sudor

que me he guardado y la pena de ver llegar a mi padre
en un setiembre con sangre sin batallas.

Lo vi llegar herido, con los brazos como rotas alas
pero una furia hecha brasa en las pupilas.

Debo el poema a los colonos comprando el pan en la
[bolsa

blanca de arpillera. El agrio tabaco en latas de té
[“Tigre”,

despintadas. Las calvas cubiertas con gorras
[amarillas.

Antes estaba la cocina a leña, el techo de cinc bajo
[tormentas

del invierno, el café y el mate recibiendo a la mañana.

El cuaderno con estampas era cuadrado y grande
y encerraba al mundo en sus cuarenta páginas.

Después la lluvia gris de abril lo embarró todo.

Hubo historias que recuerdo y otros amores que me
[olvido, sin quererlo.

Hubo un tren que me trajo de repente, arrancándome
[de cuajo

como fruta verde de diciembre.

Debo aún toda la distancia que me pone cada vez
[más viejo.

Y me entristezco.

TRISTE ADIOS PARA EL
RUBIO NALY

a doña Julia Baud de Naly

Le quedaba chico el pueblo al Rubio Naly.
Con mujer ajena, su pipa y sus pinceles
le dio vuelo a sus alas y no lo vimos más.
(Es un decir, porque sus huesos
me los cuenta mi padre, en noches por llover)
Adios hermano, antecesor: loco y poeta!
Lástima grande no comprenderte entonces
cuando aún no nacía. Cuando aún
el pueblo eran dos vías y un yuyal amarillo
en un Otoño de hojas prontas a caer.
Y tu sombrearte penas una lluvia
que por razones obvias no pudimos compartir
Adios hermano Naly, hoy me dicen que moriste lejos
de este pueblo que te fue chico, mezquino, yo lo sé.

EL CAMPEON

No perdió carrera el Flaco Schilling
con sus flacas piernas velludas
y su vieja bicicleta de gomas remendadas.
Déle pedal seguido de nuestra algarabía
admirativa de niños. Déle pedal el Flaco.
Pasó veloz, como una flecha por la siesta
tonta de mi pueblo. Cruzó los trigales,
las sombras, las desaparejas veredas con polvo.
Saltó los alambrados llenos de óxidos y pájaros
y siguió corriendo, invencible, por los tiempos.

Al Flaco Schilling nunca le impidieron los premios.



APUNTES SOBRE MIS MUERTOS

Qué hacían las retamas amarillas de mi madre?
Qué hacían al pie de esa larga mesa,
en esa sala húmeda del Sindicato de Obreros
Rurales donde velábamos los muertos?
Volvían a la vida el Vasco Echarre, Domingo
Corvalán, el Viejo Neira, Galván que pintó
todos los letreros de mi pueblo?
Volvían a la vida al olor de las retamas?
Qué desprotegidos y solos me parecían!
Duros sobre la mesa, ajenos para esta vida
que tanto padecieron! Solos en esa pieza
donde apenas cabían los retratos de Sacco y de
[Vanzetti!

Qué tristes las mañanas en que alguno moría!
Como tañía, lúgubre, la campana del cura por el
[pueblo!
Yo les llevaba mi saludo de niño absorto ante la
[muerte.

En los Quirquinchos las abejas libaban los diciembres
y los corazones endulzados del verano. Pero no
[obstruían
el paso de la muerte. Y las olorosas retamas
empecinadamente amarillas no detenían el dolor
de un niño ante la cercanía descarnada de la muerte.

S U R

Cuando viví horas abiertas en el Sur,
Horas en donde no hubo sino la candidez
serena del pájaro en el aire
[tenso

quiero decir; verano,
puro cielo abierto al desafío
gritón de las trilladoras
—sus fauces hambrientas y mariposas al morir—
[Cuando el boyerito
lastimó sus desnudas piernas con el porrón de barro
al hombro, corriendo entre yuyales. Cuando mandé
[al pobre

hornero a sucumbir.
Cuando viví las horas lentas que no habrán de volver.
Allá en el Sur.